LA PRINCESA PAPANTZIN.

LA PRINCESA PAPANTZIN.

Et lux in tenebris lucét.

I

Introducción.

De pueblos humildes y grandes naciones
Que llenan, mezclados, la faz de la tierra,
Y al yugo se inclinan o encienden la guerra,
Escrito en los cielos el término está.
Y cuando se acerca —la historia lo dice—
Anuncian su adverso destino futuro
Presagios, visiones, los signos del muro,
La tierra temblando, saliéndose el mar.

En medio de agüeros de gran desventura,
Dios quiso a la azteca gentil monarquía

Con raro portento mostrar cierto día,
Si bien entre sombras, la luz de la fe.
Sacó del sepulcro discreta princesa
Que a reyes y plebe contó lo que ha visto;
Con ello el apóstol primero de Cristo
En estas regiones de América fué.

Los hombres perecen, los pueblos acaban;
De grandes sucesos jamás la memoria:
Del mar del olvido les hace la historia,
Cual arca cerrada, las olas surcar.
Testigos, pinturas el caso acreditan
Que sirve de asunto a aquestos cantares;
Si tú de escucharlos, por dicha, gustares,
Acaso te ofrezcan lección y solaz.

II

Primeros presagios.—Consultas hechas por el monarca.

Con tristeza y temor desconocido,
De su palacio en lóbrego aposento,
Moctezuma Segundo en los presagios
Medita que amenazan al imperio.

Sucesor de Ahuitzotl, llevó sus armas
Contra los de Amatlán remotos pueblos,

Y al encumbrar un escarpado monte
En su camino, temporal deshecho

Cerró sobre sus huestes numerosas,
Envolviendo la nieve a los guerreros
En cándido sudario que les cuaja
La sangre toda en los desnudos miembros;

Y los que el golpe destructor esquivan
De altos sabinos, seculares cedros
Por el recio huracán allí arrancados,
En combates sin gloria perecieron.

De vuelta el rey a la ciudad, estalla
En la noche, sin causa, raro incendio
Que las dos altas separadas torres
Del templo principal devora a un tiempo.

Las aguas de los lagos otro día,
Sin terremoto, tempestad ni viento,
Con ímpetu terrible se agitaron
Por el campo feraz dejando el lecho;

Y al llegar a las próximas aldeas
Y de Tenoxtitlán al mismo centro,
Asustan a la gente, habitaciones
De frágil estructura echando al suelo.

No están de la aflicción que estos les causa
Los apocados ánimos repuestos,

Y en la región del aire hombres armados
Combatir y matarse todos vieron.

Y al general terror prestando creces,
Tendió su cauda por el ancho cielo
Corva y extensa, fúlgido cometa,
De futuras desdichas signo cierto.

Al rey de Acolhuacán Nezahualpili,
De la ciencia versado en los misterios,
Acude Moctezuma y con él tiene
Pláticas dilatadas en secreto.

De Nezahualcoyotl el hijo ilustre,
Tras reflexión y cálculos sin cuento,
Le dice que los males anunciados
Por serie de presagios tan siniestros

Principio han de tener en la venida
De extraños en tropel a este hemisferio,
Cosa que a Moctezuma desagrada
Y a la cual se resiste a dar asenso.

Fin para señalar a sus disputas,
Por más que nos admire, convinieron
En jugar al balón y que el vencido
Del otro a la opinión quede sujeto.

Ganó Nezahualpili, y Moctezuma,
Presa de sin igual desasosiego,

De un astrólogo anciano muy famoso,
Cuyo saber admira todo el reino,

El parecer preciado al punto inquiere;
Y, sin temor alguno, franco y recto,
Del rey de Acolhuacán, vuelto a su corte,
La adversa decisión confirma el viejo.

Mas, en castigo, sepultado yace
De su mansión bajo el caído techo,
Que tan aciaga suerte correr suelen
Quienes dicen verdades a los necios.

III

Enfermedad y muerte de Papantzin.

En estos incidentes meditando
Está, según he dicho, Moctezuma,
Cuando golpe más fuerte y doloroso
Al corazón sus áulicos le anuncian.

La princesa Papantzin, fiel dechado
De hermosura y bondad, hermana suya,
Y del gobernador de Tlaltelolco
Que hace un año murió, triste viuda,

Presa de intensa fiebre, en su palacio
Con ella a la sazón hállase en lucha,
Por delirio fatal ora agitada,
Cual tronco ya sin movimiento y muda.

Saliendo el rey, junto a la ilustre enferma
Se trasladó sin dilación alguna,
Que entrambos desde niños se tuvieron
Cariño sin igual, adhesión mutua:

Y es tan discreta y hábil la princesa
Que a veces el monarca la consulta,
Y ella a regir el mexicano imperio
Con talento clarísimo le ayuda.—

En vano los tesoros de la ciencia
Botánicos y astrólogos apuran
Por dar alivio a la paciente. En vano
Acude al templo en numerosas turbas

El consternado pueblo, y allí ofrece
De tosca piedra a las deidades rudas
Transparente copal, preciadas aves
De melodioso canto o rica pluma.

Creciendo fué con la mortal dolencia
De tan querido sér la horrible angustia
De parientes y amigos, y en sus brazos
Rinde Papantzin ¡ay! el alma pura!

Quedó tendido en el caliente lecho
Su material despojo; la faz mustia
Conserva de la fiebre ardiente el rastro
Cual agostada flor falta de lluvia.

Todos la dulce mano bienhechora
Que llevó al pecho en las congojas últimas
Acuden a besar, gemidos dando,
Y el cadáver en lágrimas inundan.

—«Sabiduría y caridad con ella
Desaparecen para siempre juntas,
Y su pérdida es para mi reino
De las calamidades la más dura.»

Esto el monarca entre sollozos dice,
Y, besando de nuevo a la difunta,
A México se vuelve y en su alcoba
Éntrase a lamentar su desventura.

IV

Las exequias.

Para significar que fué Papantzin
De los menesterosos providencia,
De Centeotl el traje la vistieron,
Que es diosa del maíz y de la tierra.

Colgaron de sus labios un zarcillo
Con esmeralda como pocas bella
Que, cuando el cuerpo se convierta en polvo,
Sirva de corazón a la princesa.

La faz le cubren, y, adornado el manto
De tejido sutil con joyas regias
De oro brillante y plata, es el cadáver
Tendido luego en primorosa estera.

Domésticos y esclavos afligidos
En su alcoba, turnándose, lo velan
Tres días con sus noches, y solemnes
Celebráronse al cuarto las exequias.

Sacerdotes, parientes, nobles, pueblo,
Tremolando estandartes y banderas,
Y del rey Moctezuma presididos
Cuyo rostro oscurece aguda pena,

Los restos llevan de la ilustre joven
Con grave pompa a subterránea cueva
Que en los jardines del palacio mismo
De Tlaltelolco tiene entrada estrecha.

Al dejar el cadáver allí, mojan
Con agua del estanque su cabeza,
En *icpalli* lo sientan y le ponen
A los lados vasijas de agua llenas,

Copia de comestibles, un techichi
Que acompañe en sus viajes a la muerta,
Y dibujados signos misteriosos
Que la habrán de allanar todas las sendas.

Con ellos pasará sin riesgo alguno
Entre dos altos montes que pelean;
Por el camino angosto que defiende
Sin dormirse un momento audaz culebra;

Por la margen do habita el cocodrilo
De sus dientes mostrando las hileras;
Por los desiertos ocho donde el viento
Conmueve las montañas gigantescas.

Mientras deberes tales allí cumplen
Los deudos con arreglo a sus creencias,
En lamentable voz los sacerdotes
El himno funeral cantan afuera.

Terminada la triste ceremonia,
Cubrićse al punto con labrada piedra
Ya dispuesta y de escasa pesadumbre,
Del subterráneo aquel la exigua puerta.

La multitud entonces se retira
Y hondo silencio en los jardines reina,
Y descoje la noche pavorosa
Sobre el mundo su manto de tinieblas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO